

El vivir de los creyentes por medio del Espíritu (el Cristo resucitado y ascendido) para establecer el reino de Dios en esta tierra (Hechos 1-6)

VII. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra (Hechos 6:1-7)

Hechos de los apóstoles 6 comienza diciendo: *“Al multiplicarse los discípulos...”*. Esto no es algo nuevo en el libro de los Hechos: los discípulos se multiplicaban. Al principio eran solamente doce temerosos discípulos, pero empezaron a crecer. Se llenaron de gozo al encontrarse con el Señor. También había algunas mujeres entre ellos que le vieron. Después de cincuenta días ya eran unos ciento veinte. Eso es algo maravilloso y sorprendente. Y permanecían juntos en la Palabra y en la oración, y tenían un testimonio muy fuerte.

Los discípulos crecían en gran manera

Unos días más tarde ya eran tres mil. Verdaderamente esto es multiplicarse. ¿Cómo lo hicieron? Podríamos analizar y pensar qué es lo que hicieron, y decir: “Pues, hagamos nosotros ahora lo mismo”. Pero la Palabra nos dice que estos fueron los hechos de los apóstoles, sus actos, lo que ellos hicieron. Pensamos que si hiciéramos lo mismo, entonces, en pocos días seríamos también tres mil. En Hechos 4, incluso se nos dice que se multiplicaron aún más, y llegaron a ser cinco mil. Y, más adelante, en Hechos 5 también dice: *“Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres”* (v. 14). Luego, en el capítulo 6:1: *“En aquellos días, como creciera el número de los discípulos”*. No sabemos cuánto tiempo pasó exactamente entre un capítulo y otro, porque no hay ninguna fecha, solo dice, en el transcurso del tiempo.

¿Cuáles eran los hechos de los apóstoles? Estos hechos eran simplemente una reacción al Espíritu. No eran hechos muy grandes sino solamente seguir al Espíritu.

Los ataques del enemigo

El Espíritu iba adelante y los discípulos también. Y mientras el Espíritu obraba, y los discípulos iban aumentando, aparecieron necesidades. Entonces, nos dice que hubo murmuraciones de los griegos hacia los hebreos. Las murmuraciones no son algo bueno, vienen de la carne. Aquí hay mucho trasfondo. Normalmente estas murmuraciones nos muestran la punta del iceberg. ¿Por qué murmuraron? No vamos a profundizar tampoco ahora en esto, pero sí nos damos cuenta de que el enemigo está actuando de nuevo aquí. Cuando el Señor avanza, el enemigo empieza a atacar por todos los lados.

Anunciando la Palabra y obedeciendo a Dios

Los apóstoles predicaron y fueron encerrados. Después fueron liberados para predicar delante de los sumos sacerdotes. Ellos los amenazaron para que no siguieran predicando, pero Pedro les dijo: *“Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”* (Hch. 4:19-20). Hay dos cosas que no podemos dejar de hacer: hablar y obedecer. Por un lado tenían la fuerza para hablar. Era algo que venía desde adentro. Tenían gozo al hablar, a pesar de todos los ataques del enemigo. Y por otro lado, obedecer a Dios. La obediencia a Dios era más grande que el miedo y las amenazas de los hombres. Ellos estaban muy convencidos de que era la voluntad de Dios que anunciaran Su reino, y eran muy conscientes de lo que estaban hablando: sabían que Cristo había resucitado, y Él es el Salvador de todos los hombres, quien que nos ha dado vida eterna, y que es la esperanza para todos los hombres, al que estaban esperando desde hace miles de años, el “Deseado”, esperado por las naciones. En realidad, todas las naciones y pueblos ya estaban interiormente esperándole, y nosotros que pertenecemos a todas las naciones podemos dar testimonio de esto. Él cumplió todos nuestros anhelos, Él nos ha dado el sentido de la vida, y ahora somos uno con Él, el Dios todopoderoso; nuestros pecados han sido perdonados, nuestro corazón limpiado, y cada vez somos más limpios por Él y por Su Palabra. Estas son las buenas nuevas. ¿Quién va a impedirnos que anunciemos este mensaje que nos llena de tanto gozo? Las personas no tiene gozo, ni esperanza, ni un sentido en la vida, pero nosotros sabemos cuál es el sentido de la vida.

Quiero contar la historia de un hermano que hace algunos años llegó a la iglesia. Este hombre era ateo, pero un hermano mayor empezó a hablarle del evangelio. Siempre que le veía, le decía: ¿no quieres tener vida eterna? ¿Por

qué no quieres tener vida eterna? Él respondía: “no quiero”. Poco tiempo después volvía a decirle: ¿por qué eres tan terco y no tomas la vida eterna del Señor? Hasta que en un momento dijo: “Sí, es verdad, ¿por qué no quiero tener vida eterna? Tal vez es cierto lo que me dicen”. Entonces dijo: “Sí quiero tener vida eterna, no tengo nada que perder, solo algo que ganar”, y aceptó al Señor, y su mujer también. Realmente es algo sencillo. El Señor quiere que encontremos la manera de ayudar a las personas a que encuentren el vacío que hay en ellos y le busquen. Nosotros no podemos dejar de hablar. Y hablamos de lo que tenemos, no de una teología, de cómo éramos antes de conocer al Señor y cómo somos ahora; de que Dios existe y de que Jesucristo es el Salvador de todos los hombres. Esto es maravilloso. No podemos dejar de hablar de esto. Sabemos que es la voluntad de Dios que sigamos compartiendo el evangelio. No me acuerdo de ninguna ocasión en que el Señor me haya detenido a ir a predicar el evangelio, pero sí de muchas oportunidades que he desperdiciado de compartirlo, cuando el Señor me motivaba: “habla, habla”; pero yo tenía mis ideas, o le decía: “bueno, ahora no estoy de humor”. Pero los apóstoles, simplemente hablaron.

Al principio sólo se nos dice cómo hablaban los apóstoles, pero luego vemos que todos los discípulos hablaban. Hechos 8:1, relata la persecución a la iglesia, y cómo todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria. En el versículo 4, dice: *“Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio”*. Es algo muy normal. ¿Quién les dio instrucciones de cómo tenían que predicar el evangelio? De lo que está lleno nuestro corazón, de eso habla la boca. Así que de lo único que me tengo que preocupar es que mi corazón esté lleno del Señor, y estar dispuestos a seguirlo.

Ataques del enemigo a la iglesia desde dentro

Pero, al mismo tiempo, también vemos los ataques del enemigo; y estos, no vienen siempre de afuera, sino también de adentro: *“Hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria”* (Hechos 6:1). Cuando hay una gran cantidad de personas es fácil pasar algo por alto. Y algunos murmuraron contra los apóstoles. Les reprochaban que hubieran desatendido a los débiles. Ellos reconocieron que había surgido un problema en la iglesia, y que esto venía de la carne. Había que tomar cartas en el asunto inmediatamente. En el versículo 2 vemos cómo reaccionaron los apóstoles: *“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: no es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas”*. Y en el 3: *“Buscad,*

pues, hermanos de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”. Fue una decisión muy sabia.

¿Os acordáis de Moisés, cuando sacó el pueblo de Egipto y lo llevó por el desierto? Él también era juez sobre todo el pueblo, y tenía que juzgar los asuntos del pueblo, desde la mañana hasta la noche. Imagina al pobre Moisés haciendo esto un día tras otro. Pero su suegro le dijo: mejor divide el trabajo. Hay muchas personas sabias también en el pueblo de Dios que pueden encargarse de esto y los casos más graves pueden ir a ti. Y Moisés tuvo la sabiduría de hacer lo que le sugirió su suegro: darle la responsabilidad a otros. Lo mismo hicieron los apóstoles en esta ocasión.

Pero, al hacer esto, se dieron cuenta de que había una carencia, estaban descuidando algo. Yo también me he dado cuenta de que muchas veces he descuidado algo. El Espíritu Santo les estaba revelando algo. El que hubieran descuidado a las viudas, no es porque no tuvieran cuidado de ellas, sino porque tenían tanto trabajo que estaban descuidando la Palabra, habían dejado de *“persistir en la oración y en el ministerio de la palabra”*.

Acordaros también del ejemplo de Marta y María. María estaba a los pies del Señor, oyendo Sus palabras, atenta, pero Marta estaba muy ocupada preparando algo de comer para todos. Cuando ella se quejó al Señor de que María solo estaba sentada, El le dijo: *“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”* (Lc. 10:41-42). En ese momento, estando el Señor con ellas, comer y beber era algo secundario. Su Palabra es lo más importante. Lo mismo sucedía con los apóstoles en ese momento; del tema de la comida y la bebida podía encargarse otros.

Llenos del Espíritu y de sabiduría

Pero no pensemos que las personas que escogieron no se ocupaban de la Palabra. Es más, se menciona que estaban llenos del Espíritu Santo y de sabiduría. Y ¿cómo recibes tú el Espíritu y la sabiduría? A través de la Palabra y de la oración. Estoy convencido de que si no tomas la Palabra y la oración, no puedes estar lleno del Espíritu y de sabiduría. Estos hombres estaban llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, e incluso llenos de fe.

Y a continuación vemos cómo uno de ellos, Esteban, le habló la Palabra con valentía a los sumos sacerdotes y a los fariseos. Estaba lleno de la Palabra. Esta palabra en Hechos de los Apóstoles 7 es la palabra de Dios, llena del Espíritu Santo, no sólo una explicación sobre la Palabra. Su hablar fue directo a sus corazones, y por eso lo mataron.

De nuevo vemos un ataque del enemigo para desmotivar a los demás. Pero la Palabra corría, y Felipe, que también era otro de los encargados de servir, salió a hablar. ¿Qué estaba haciendo él en otro lugar, si tenía que estar pendiente de que nadie fuese descuidado del reparto de la comida? Le estaba predicando a un eunuco de Etiopía. Y ese eunuco al que le predicó, se convirtió y llevó la Palabra a Etiopía. Luego vemos de nuevo a Felipe en Samaria, predicando, lleno de poder.

No hay ningún servicio insignificante en la iglesia. Eran personas llenas del Espíritu y de fe, y eso nos concierne a todos. El Señor nos pone a todos a trabajar en el Cuerpo de alguna manera. Para cada uno de nosotros tiene una función. Esto es muy importante. Tanto si somos jóvenes o mayores, es bueno que nos demos cuenta de la función que tenemos y la pongamos por obra. Este era el tipo de personas que pusieron a servir las mesas.

Perseverar unánimes en la Palabra y la oración

“Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra” (v. 4). Esto quiere decir que se ocupaban de la Palabra en el Antiguo Testamento. Estoy convencido de que no todos los apóstoles podían leer, pero seguramente había personas que les leían las Escrituras, y juntos buscaban en las Escrituras qué se decía de Cristo, y empezaron a descubrir una y otra cosa, y de eso hablaban. Muchos judíos ya conocían la Palabra muy bien, y por eso, el hablar de ellos, tocaba directamente el corazón de los judíos.

Eso yo lo hicieron en el capítulo uno. Estaban simplemente en comunión con el Señor, y Él les hablaba del reino de Dios, y en el versículo 14 dice: *“Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús y con sus hermanos”*, y también en el capítulo 2:4: *“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”*. Permanezcamos en la oración.

También en el capítulo 4, del 23 al 31. La iglesia estaba junta y oraba. Oraban llenos de fe, y tomaban la Palabra para esto. Tomaban la Palabra en oración, y oraban con la Palabra. Leían la Palabra y la oraban. Eso es también lo que hacemos en las reuniones de oración, tomamos un texto y oramos con él. Siempre hay alguien que tiene un texto con el cual podemos orar. Vamos versículo por versículo, orando, así como se explica en Hechos 4, y alabamos al Señor con la Palabra, y le damos gracias. Esto debe ser siempre lo primero. Y luego traerle también nuestros deseos, que mezclamos con esa Palabra. Esto, realmente, fortalece nuestra oración, tanto cuando estamos juntos como cuando estamos solos. Cuando estoy solo, no me canso de orar con la

Palabra. Si solamente vengo al Señor para orar por mis anhelos o por los hermanos, llega el momento en que me canso, pero cuando tomé la Palabra, esto me refresca, me anima y me fortalece en el espíritu. Pablo dice que oraba en todo tiempo y daba gracias por cada uno de los hermanos. Antes de empezar a orar por algunos hermanos, yo le doy gracias al Señor por ellos, y después le traigo al Señor mis peticiones. Oro por mí mismo, pero también es necesario que oremos por el avanzar del Señor, por Su obra: “Señor, Tu reino. Señor Jesús, Tu iglesia”. Tal vez oigo algo sobre otra iglesia, y ya tengo un motivo para orar por ella. Puede que esté muy lejos de donde yo estoy, a veces oímos algo del este de África, y oramos por los hermanos. Y, a veces, ellos oyen algo de nosotros, y oran por nosotros, e incluso ayunan por nosotros. Es algo eficaz a pesar de la distancia. Por eso tenemos que mantener siempre la mirada en toda la obra del Señor.

Incluso tenemos que estar atentos a toda la cristiandad. Oremos por los escogidos. Hay suficientes cosas por las que podemos orar, y por eso necesitamos tiempo. No todos tienen tiempo, pero redimimos el tiempo. Queremos permanecer en la Palabra y en la oración. Esto es muy importante para que la obra del Señor avance y los hermanos se multipliquen.

El poder de la palabra

El número de los cristianos se iba multiplicando. Tenía una dinámica propia. La Palabra se mueve, tiene una fuerza propia, porque detrás está el Señor. Debemos confiar que la palabra que hablemos, aunque no sea recibida, tiene un efecto. Por supuesto, también tenemos que tener sensibilidad con las personas que estamos hablando, y no pasar por encima de ellos. El Señor también nos da esa sensibilidad.

Preparados para el crecimiento en la iglesia

“Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe” (Hechos 6:7). Esto es algo maravilloso. No debemos pensar: “bueno, somos muy pocos, y de vez en cuando alguien nos visita, cada medio año”, porque esto puede cambiar repentinamente. De repente puede que se abra un grupo a la verdad, y tenemos que estar preparados para mucho trabajo, o tal vez algunos jóvenes ayudan a traer a otros. Los campos están blancos para la siega, nosotros tenemos que estar listos, preparados y dispuestos para estas personas.

Estas grandes cantidades de personas agregadas nos muestra que los discípulos estaban muy firmes, fundamentados en la Palabra, y que conocían muy bien la Palabra, de tal manera que incluso los sacerdotes, que la conocían bien, fueron convencidos y obedecieron a la fe. Por eso es bueno leer la Palabra y perseverar en ella.

Ser útiles para el Señor y llevar fruto del espíritu

El Señor quiere utilizarnos. Él nos llama y simplemente tenemos que oír Su voz y seguirle, y la Palabra que hemos oído, va a llevar fruto y va a ser puesta por obra. Dale al Señor tu corazón, y espera a ver qué hace contigo. Nos vamos a maravillar. Estoy lleno de fe y de esperanza de que esta palabra que hablamos aquí, en esta conferencia, va a llevar fruto.

Esta palabra nos alienta y nos muestra todo lo que puede hacer el Espíritu. Y cuando lo vemos, le decimos: “Señor, hazlo también con nosotros”.

Gert Rimmer